

PACIFICO

MAGAZINE

Diciembre
1917

PRECIO
UN PESO





PACIFICO

— MAGAZINE —



+ Que ayer

Vol. X.—Santiago de Chile, diciembre de 1917.—Núm. 60.

— Que mañana

Muerte prematura

(Cuento de Navidad)

Por Angel Pino

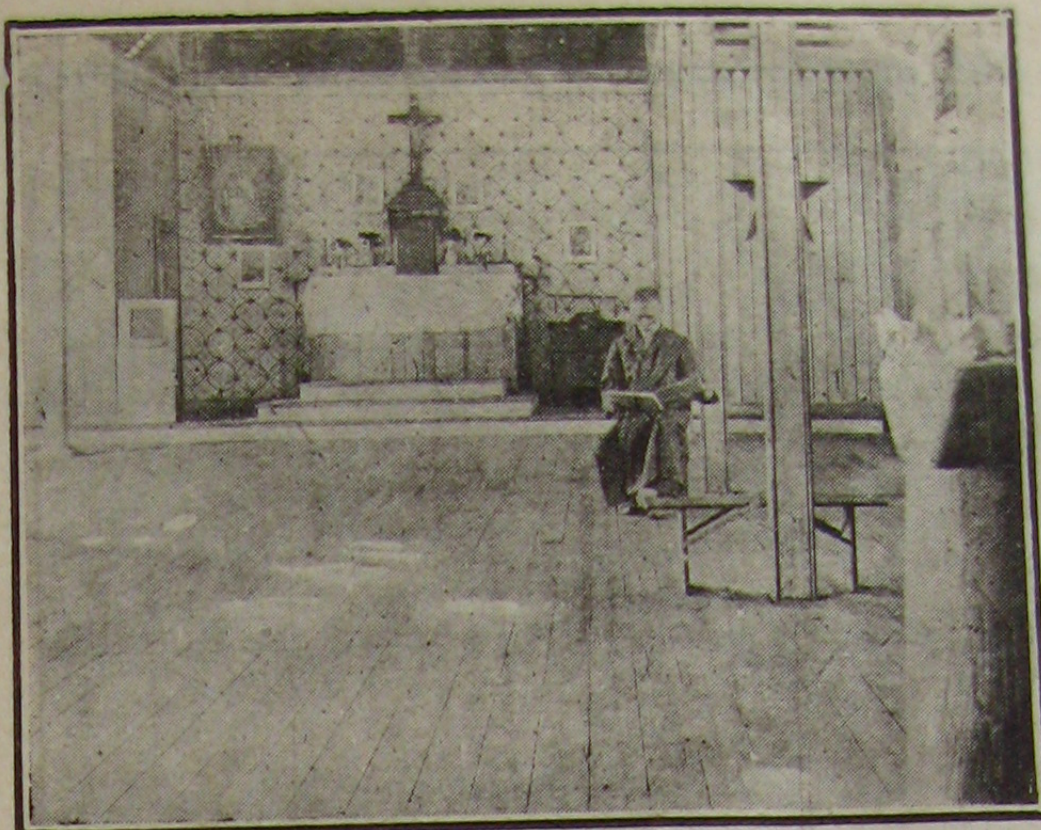
El día transcurrió atareado, para llegar a buena hora con todos los juguetes listos y entrarlos a la casa sin despertar la aten-

cosas; no precipitemos la hora de las revelaciones, ni el momento de la decepción o desengaño.

...tido de marinero inglés,



Esperando que empiece la misa



Iglesia de Anga Roa

Una revolución en la _____ _____ Isla de Pascua en 1914

Por _____

José Ignacio Vives Solar

Con ilustraciones fotográficas

Cuando los misioneros se vieron obligados a emigrar a Tahití a consecuencia de la cruda guerra que les hacía el bergante de Bornier, dejaron al cargo espiritual de los indígenas a un tal **Pakomio** que con el título de catequista desempeñaba en lo posible los oficios de aquellos. Desde entonces se han venido sucediendo varios kanakas en este cargo, con nombramiento y aprobación, como es natural, de la autoridad competente. Esos catequistas son los que efectúan los bautizos, celebran los matrimonios, rezan las preces a los difuntos, bendicen el agua para las aspersiones y en una palabra tienen poderes para hacer todo acto de culto para el cual no es indispensable ser sacerdote. En sus funciones son ayudados a modo de acólitos por sus esposas y aun son reemplazados por ellas en casos de enfermedad u ocupaciones del marido y de aquí viene que la señora del cura goce de tanto o más prestigio aún que él mismo entre los isleños.

Era este **Pakomio** casado con María Anata, mujer de gran belleza en su juventud y que había recibido de los misioneros una instrucción muy superior a la corriente de los pascuenses. De noble abolengo, pues contaba algunos reyes entre sus antepasados, de clara inteligencia y gran carácter, no tardó en sobreponerse, no digo a su marido, sino al mismo rey **Atamu Tekena** que a la sazón gobernaba.

Viuda y desempeñando ya **Pakarati** el oficio de catequista, no perdió en nada su prestigio y de hecho gobernó siempre a los pascuenses, ya sirviendo de consejera bajo los reinados de **Atamu Tekena**, **Riro Roko** y **Beri Beri** ya más abiertamente después que el Comandante Rojas, el año 1901, suprimió la monarquía en Pascua.

Soberbia como todas las pascuenses y dotada de un profundo amor a su raza, no podía ver sin dolor a su querida isla gobernada por blancos y odiaba desde el fondo de su corazón todo lo que fuese extranjero. Seducida por la belleza del culto



El arca santa

externo de la religión católica, cuyos destellos había vislumbrado en su juventud en la misma Rapa Nui, cuando pertenecía al beaterio que los padres misioneros tenían en Anga Roa y cuyas luces aunque débiles había podido más tarde divisar durante algunos años que permaneció en Tahití, su imaginación había concluido por exaltarse con la amalgama de los principios religiosos, malamente dirigidos, el espíritu aventurero de su raza y las paganas supersticiones bebidas en el regazo de su madre. Así no es de extrañar que a la edad senil, cuando ya la razón flaquea, concluyese por creerse ella un ente extraordinario llamado por Dios a ocupar en la historia de su isla y de su pueblo un papel semejante al de las heroínas del Antiguo Testamento, cuyos capítulos ella diariamente saboreaba.

Era costumbre en la isla juntarse en las largas noches de invierno, en casa del viejo Porotu, algunas devotas comadres, para ensayar los himnos religiosos que deberían cantar en la misa y cuyos coros estaban encargadas de dirigir. Para que estos resultasen más variados, hacían sus adaptaciones tomando la música de la última canción profana que algún buque había del Manual de piedad u otro libro reliquias religiosas entresacadas ya de un devocionario en tahitiano que poseen, ya del manual de piedad u otro libro religioso.

Presidía estas reuniones la anciana Anata y, terminada la academia, se daba comienzo a una interminable charla en que Anata, luciendo sus dotes de excelente

narradora refería con pintoresca prolijidad sucesos antiguos, principalmente del tiempo de los misioneros y de su estadía en Tahití. De ahí dejaba volar su fantasía a regiones más altas y dando rienda suelta a su misticismo, les hablaba de las verdades de la religión, tal como las entendía su confusa inteligencia, haciendo una extraña mezcla de los sagrados misterios con las antiguas supersticiones y las confusas enseñanzas de los viejos rongo rongo (1).

A esta parte de la reunión asistían también algunos mozos jóvenes, que poseían relativa ilustración, pues chapurreando el inglés y el español, habían podido coger algunos conocimientos en sus tratos con los extranjeros que accidentalmente suelen residir en la isla.

Descollaba entre éstos el yerno de María Anata llamado Daniera Corohua (Daniel viejo) no porque tuviese muchos años, pues en la época a que me refiero, es decir en el invierno de 1914, frisaría en sus cuarenta, sino para diferenciarlo de Daniera chico, mozo de sus veintidós y asiduo asistente también a las reuniones nocturnas de la casa del viejo Porotu.

Era este Daniera Corohua, alto, flaco, pómulos salientes, ojos negros un poco dormidos, de poca expresión y aspecto bilioso. Habíase dedicado con más empeño que los otros kanakas a su instrucción y sabía leer y escribir casi correctamente, entendía algo de cuentas, chapurreaba el

(1) Especie de monjes de los antiguos kanakas. Estos sabían leer las tablas escritas y por ese motivo a éstas las llamaré también rongo-rongo.



Los revoltosos antes de salir a una incursión

inglés y hablaba medianamente el español. Con estos conocimientos creíase un Pico de la Miranlola, no cabía en sí de vanidad y todas sus ambiciones consistían por entonces, pues según veremos después picó más alto, en suplantar a Pakarati en su puesto de catequista. Había sido además grande amigo de un joven chileno, que dos años antes había estado en la isla haciendo observaciones meteorológicas y que para distraer los aburrimientos de la isla, o por hacerle la guerra al Administrador Sr. Edmunds, con quien no congeniaba, ocupaba sus ocios predicando a los kanakas ideas de democracia y libertad.

Generalmente, antes que dichas reuniones se terminasen, cogía Daniera Corohua, un viejo ejemplar de la Biblia, en tahitiano, impreso en Londres, que lleva el título de "The parau ite Atua", "La palabra de Dios", y alumbrado con la débil luz de una primitiva lámpara, que consistía solamente en un cacharro lleno de aceite de tiburón o de sebo de cordero con un pedazo de trapo retorcido en una orilla, y con cavernosa voz y monótona cadencia leía un capítulo del Viejo Testamento, con preferencia del libro de Salmos, de los Jueces o de los Reyes. Venían en seguida los comentarios y Anata hacía las explicaciones cuando eran necesarias. ¡El colmo del libre examen!

Entre las supersticiones más arraigadas entre los pascuenses, superstición que es común a casi todas las islas polinesias, está la creencia en la realización de los sueños. Anata, en su afán de amalgamar en



Un entierro en Pascua

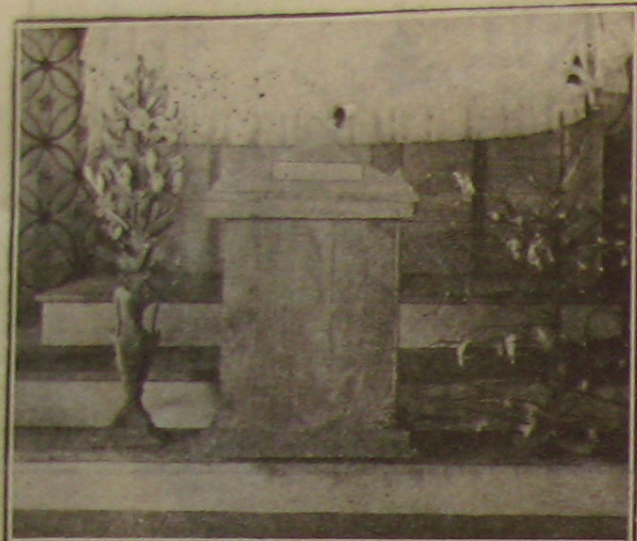
todo las viejas creencias con la religión aprendida y tan asiduamente practicada, decía que era Dios el que hablaba a sus escogidos por medio de los sueños para revelarles lo desconocido, vaticinarles lo futuro y darles a conocer su Voluntad. Resultado de aquellas bíblicas reuniones y de los comentarios que a solas y en común se hacían sobre ellas, fué que muy luego Dios empezó a tener relaciones con casi todos los asistentes y muy en especial con Anata, que pasaba su vida entregada a la oración. Cada cual comunicaba a la reunión lo que en la noche anterior había soñado y Anata, cual nueva pitonisa, se encargaba de hacer la explicación.

Fueron al principio cuestiones de literatura y forma en que debían hacerse las oraciones, las que Dios comunicó a Anata, quien, obediente a sus insinuaciones, muy luego hizo dar cumplimiento a ellas. Aumentáronse las distribuciones piadosas y ya no sólo se obligó a los fieles a ir a la misa de la mañana y al angelus de la tarde, sino que hubo rosario a medio día y asistencia a una o dos conferencias diarias que daba la inspirada Anata. Dios ordenó también que todo rezo o acto religioso debía terminarse con triple hip hip hurá y aunque con la protesta al principio del cura Pakarati, se veía hasta hace poco el extraño espectáculo de oír hurras, acompañados de golpes de pecho dentro de la iglesia.

Por su parte, Daniera Corohua empezó a recibir comunicaciones celestiales, que,



Cura Pakarati y su familia



El arca santa

externo de la religión católica, cuyos destellos había vislumbrado en su juventud en la misma Rapa Nui, cuando pertenecía al beaterio que los padres misioneros tenían en Anga Roa y cuyas luces aunque débiles había podido más tarde divisar durante algunos años que permaneció en Tahití, su imaginación había concluido por exaltarse con la amalgama de los principios religiosos, malamente dirigidos, el espíritu aventurero de su raza y las paganas supersticiones bebidas en el regazo de su madre. Así no es de extrañar que a la edad senil, cuando ya la razón flaquea, concluyese por creerse ella un ente extraordinario llamado por Dios a ocupar en la historia de su isla y de su pueblo un papel semejante al de las heroínas del Antiguo Testamento, cuyos capítulos ella diariamente saboreaba.

Era costumbre en la isla juntarse en las largas noches de invierno, en casa del viejo Porotu, algunas devotas conadres, para ensayar los himnos religiosos que deberían cantar en la misa y cuyos coros estaban encargadas de dirigir. Para que estos resultasen más variados, hacían sus adaptaciones tomando la música de la última canción profana que algún buque había del Manual de piedad u otro libro reli-poesías religiosas entresacadas ya de un devocionario en tahitiano que poseen, ya del manual de piedad u otro libro religioso.

Presidía estas reuniones la anciana Anata y, terminada la academia, se daba comienzo a una interminable charla en que Anata, luciendo sus dotes de excelente

narradora refería con pintoresca prolijidad sucesos antiguos, principalmente del tiempo de los misioneros y de su estadía en Tahití. De ahí dejaba volar su fantasía a regiones más altas y dando rienda suelta a su misticismo, les hablaba de las verdades de la religión, tal como las entendía su confusa inteligencia, haciendo una extraña mezcla de los sagrados misterios con las antiguas supersticiones y las confusas enseñanzas de los viejos rongo rongo (1).

A esta parte de la reunión asistían también algunos mozos jóvenes, que poseían relativa ilustración, pues chapurreando el inglés y el español, habían podido coger algunos conocimientos en sus tratos con los extranjeros que accidentalmente suelen residir en la isla.

Descollaba entre éstos el yerno de María Anata llamado Daniera Corohua (Daniel viejo) no porque tuviese muchos años, pues en la época a que me refiero, es decir en el invierno de 1914, frisaría en sus cuarenta, sino para diferenciarlo de Daniera chico, mozo de sus veintidós y asiduo asistente también a las reuniones nocturnas de la casa del viejo Porotu.

Era este Daniera Corohua, alto, flaco, pómulos salientes, ojos negros un poco dormidos, de poca expresión y aspecto bilioso. Habíase dedicado con más empeño que los otros kanakas a su instrucción y sabía leer y escribir casi correctamente, entendía algo de cuentas, chapurreaba el

(1) Especie de monjes de los antiguos kanakas. Estos sabían leer las tablas escritas y por ese motivo a éstas las llamaré también rongo-rongo.



Los revoltosos antes de salir a una incursión

inglés y hablaba medianamente el español. Con estos conocimientos creíase un Pico de la Miranlola, no cabía en sí de vanidad y todas sus ambiciones consistían por entonces, pues según veremos después picó más alto, en suplantarlo a Pakarati en su puesto de catequista. Había sido además grande amigo de un joven chileno, que dos años antes había estado en la isla haciendo observaciones meteorológicas y que para distraer los aburrimientos de la isla, o por hacerle la guerra al Administrador Sr. Edmunds, con quien no congeniaba, ocupaba sus ocios predicando a los kanakas ideas de democracia y libertad.

Generalmente, antes que dichas reuniones se terminasen, cogía Daniera Corohua, un viejo ejemplar de la Biblia, en tahitiano, impreso en Londres, que lleva el título de "The parau ite Atua", "La palabra de Dios", y alumbrado con la débil luz de una primitiva lámpara, que consistía solamente en un cacharro lleno de aceite de tiburón o de sebo de cordero con un pedazo de trapo retorcido en una orilla, y con cavernosa voz y monótona cadencia leía un capítulo del Viejo Testamento, con preferencia del libro de Samuel, de los Jueces o de los Reyes. Venían en seguida los comentarios y Anata hacía las explicaciones cuando eran necesarias. ¡El colmo del libre examen!

Entre las supersticiones más arraigadas entre los pascuenses, superstición que es común a casi todas las islas polinesias, está la creencia en la realización de los sueños. Anata, en su afán de amalgamar en



Un entierro en Pascua

todo las viejas creencias con la religión aprendida y tan asiduamente practicada, decía que era Dios el que hablaba a sus escogidos por medio de los sueños para revelarles lo desconocido, vaticinarles lo futuro y darles a conocer su Voluntad. Resultado de aquellas bíblicas reuniones y de los comentarios que a solas y en común se hacían sobre ellas, fué que muy luego Dios empezó a tener relaciones con casi todos los asistentes y muy en especial con Anata, que pasaba su vida entregada a la oración. Cada cual comunicaba a la reunión lo que en la noche anterior había soñado y Anata, cual nueva pitonisa, se encargaba de hacer la explicación.

Fueron al principio cuestiones de literatura y forma en que debían hacerse las oraciones, las que Dios comunicó a Anata, quien, obediente a sus insinuaciones, muy luego hizo dar cumplimiento a ellas. Aumentáronse las distribuciones piadosas y ya no sólo se obligó a los fieles a ir a la misa de la mañana y al ángelus de la tarde, sino que hubo rosario a medio día y asistencia a una o dos conferencias diarias que daba la inspirada Anata. Dios ordenó también que todo rezo o acto religioso debía terminarse con triple hip hip hurrá y aunque con la protesta al principio del cura Pakarati, se veía hasta hace poco el extraño espectáculo de oír hurras, acompañados de golpes de pecho dentro de la iglesia.

Por su parte, Daniera Corohua empezó a recibir comunicaciones celestiales, que,



Cura Pakarati y su familia

como es natural, estaban en armonía con la chifladura bíblica de que venía padeciendo. El pueblo kanaka, cual otro Israel, era el escogido de Dios, quien manifestó su voluntad de que sacudiendo todo yugo extranjero, se gobernase por sí solo, para lo cual El, desde lo alto, dirigiría sus inspiraciones y dictaría las leyes. Para obedecer esta orden, empezóse por distribuir entre ellos cargos en consonancia al nuevo estado de cosas y a cambiar sus nombres por otros más bíblicos.

Daniera tomó para sí el nombre de **Moté**



Juan Araki, Jotua (Josué) uno de los que fabricó el arca santa.

(Moisés) y habría querido el título de rey si Anata, conociendo su carácter casquista no se hubiese opuesto, alegando que Dios iba a dirigir directamente el nuevo Estado y por tanto sólo El merecía tal título y confirió a su ambicioso yerno solamente el de Juez. No era este el verdadero motivo, sino que ella tenía en secreto otro candidato, que, sin ser tan entendido en asuntos bíblicos como su yerno, era un mozo inteligente, esforzado y de carácter, había estado algunos años en Chile sirviendo en el ejército y cuando el Comandante Rojas destronó a **Beri Beri**, había

quedado desempeñando el puesto de caci-que. Desgraciadamente este mozo, llamado **Juan Tepano**, no era de los asistentes a las reuniones y muy al contrario, mofábase de ellas, pero la vieja contaba con ganarlo a su partido una vez que el nuevo reino estuviese cimentado.

Un viejo llamado **Noe** (los kanakas lo pronuncian así, sin acento) que tenía sus ribetes de loco y se aplicaba a la cartomancia, aseguró que por medio de su arte sabía que **Meré**, (Don Enrique Merlet arrendatario de la Isla), había muerto, y la vieja soñó que en el mundo había grandes cataclismos y muchos buques a pique de lo cual dedujo que Chile se había hundido e igual suerte había corrido "La Baquedano" (1) versión tanto más verosímil cuanto que esta última, contra toda costumbre, hacía dos años que no venía.

Anata avisó a la gente estas comunicaciones y las incitó para que en vista de ellas negasen la obediencia al gobierno marítimo y la ayudasen a ella y su yerno a establecer en Pascua un gobierno más conforme con las instrucciones de Jehová. Pero, a pesar de tantos indicios, los escépticos kanakas, aconsejados por el cura **Pakarati** y algunos otros que tenían los cascos mejor asentados o les había tocado hacer algunos viajes al continente, se mofaban de dichos augurios y no se resolvían a secundar el movimiento revolucionario que Anata les predicaba en sus conferencias.

La profetisa, entonces, vaticinó un gran **Pakakira** (viento norte) al que los kanakas temen por ser según ellos mensajero de desgracias. Esta amenaza no tardó en realizarse, lo que no era muy difícil, dada la estación en que se profería. Aprovechó Anata la ocasión y dijo ser este viento sólo el precursor de un gran huracán que Dios tenía preparado para concluir con Pascua en caso de que sus habitantes se negasen a oír su voz manifestada por boca de su profetisa.

Los que estaban en la duda creyeron y los incrédulos dudaron y adoptaron el partido de callar y observar los acontecimientos, procurando no comprometerse mucho por ningún partido. Desde entonces **Pa-**

(1) Después los kanakas han dicho que estos sueños eran profecías de la gran guerra.

karati no tuvo más intervención en los asuntos de la iglesia y sólo se le ocupó para los bautismos y matrimonios y el **Juez Daniera**, con su corte de generales, mandó sin contrapeso a los isleños a nombre, sí, de la vieja Anata, pero extralimitándose en más de una ocasión de sus facultades.

Y aquí empieza el **reinado de Dios** o **tutía** como lo llaman los kanakas.

Apenas despuntaba el alba, el viejo **Noe** que hacía de general ayudante, recorría la población, corneta en boca, tocando diana, para llamar a los habitantes a la misa rezada por Anata y cuya asistencia era obligatoria bajo severos castigos a los inasistentes. Después, la celebrante hacía una exhortación a los fieles, terminada la cual dirigíase a su casa danzando bailes tahitianos y seguida de todo el pueblo que cantaba salmos. En seguida, **Noe**, que estaba dotado de cierto espíritu militar, formaba toda la gente en la plaza y hombres a un lado y mujeres al otro, ensayaban marchas e himnos marciales. En la tarde se rezaba el rosario, al que se seguían distribuciones semejantes a las de la mañana.

Por estos días empezóse la construcción del **Arca Santa** de la cual acompañamos la fotografía y cuya hechura fué encargada a **Daniera chico** y a **Juan Araki**, este último general también y que había adoptado el nombre de **Jotua** (Josué). Esta Arca debía construirse con gran misterio; sólo se podía trabajar en ella en la noche para que ningún ojo profano osase mirarla y los artífices deberían ejecutar rigurosas prácticas y observar severos ayunos durante todo el tiempo de su construcción. Cuando estuvo terminada, se llevó en procesión a la iglesia, cubierta con un paño, pues nadie debería mirarla bajo pena de muerte. Fué guardada en la sacristía y de vez en cuando se le sacaba envuelta a la veneración de los fieles que entonaban salmos y ejecutaban bailes alrededor de ella.

Hasta aquí la cosa iba muy bien, pero los kanakas para en nada diferenciarse de los israelitas, empezaron a murmurar por falta de comida, pues tanto rezo no les dejaba tiempo para salir a pescar y atender sus sembrados. **Anata** púsose en oración y Jehová no tardó en iluminarla. Y en verdad el remedio era sencillo; pasta-

ban en la isla más de dos mil vacunos y doce mil ovejunos y puesto que **Meré** había muerto y Dios había entregado la isla a los kanakitas, no era cosa de que con tantos recursos el pueblo escogido pasara hambres ni tuviese que trabajar, abandonando las prácticas piadosas.

Al día siguiente, Martes 30 de Junio, Anata encaminóse a **Mataveri** apoyándose en un bastón y acompañada de **Charle**, el nuevo jefe de policía y **Hotu** un mestizo de



Mr. Edmunds en observación de los revoltosos.

francés, general ayudante de **Daniera** y que había adoptado el nombre de **Tapita** (David), sirviendo de intérprete este último impuso a Mr. Edmunds del nuevo estado de cosas y le notificó que al siguiente día enviaría gente al campo a traer animales, pues no era posible que su pueblo pasase hambres.

Al principio, el administrador tomó en broma el asunto, pero como **Hotu** le levantase la voz, les manifestó que él saldría al campo, armado, y haría fuego sobre el primer kanaka que encontrase robando



Leyendo un bando de Daniera Corohua

animales. Impuesta Anata de la contestación, se rió, y dijo que no había temor por sus balas, pues ella rogaría a Jehová que no diesen en el blanco y con esto se dió por terminada la embajada.

En la tarde recibió Mr. Edmunds una carta de **Daniera**, cuya copia tenemos a la vista, en que, después de una larga exposición hecha con frases incoherentes y palabras disparatadas, le notificaba que en lo sucesivo debía abstenerse de tomar parte en ningún negocio de la isla, pues el poder de **Meré** había terminado y Jehová había entregado el gobierno de la isla en sus manos. Terminaba la carta, "la paz sea contigo, yo soy **Daniera**". Esta era, digámoslo así, la declaración oficial de la independencia de Rapa Nui.

Antes que despuntase el alba del día siguiente, ya estaban a caballo los soldados de **Daniera**, agrupados alrededor de la iglesia y esperando la bendición de Anata para partir. Salió ésta a las gradas de la Iglesia y después de hacerles una breve alocución para inspirarles el valor que necesitaban para llevar a cabo la empresa que iban a acometer, rodeó el cuello de su yerno con el rosario de quince casas que ella usaba, colgó sendos escapularios al pecho de cada uno de los kanakas y tomando el aspergios les roció con agua bendita y les dió su bendición. Mientras se llevaban a cabo estas ceremonias, un hermoso arco iris dejó verse en el poniente y aunque es éste un fenómeno que casi a diario se repite en Pascua, Anata, mostrándosele, les explicó ser señal de un buen augurio, lo que llenó de bríos a los

fervorosos kanakitas que partieron plenos de confianza.

Mr. Edmunds, avisado oportunamente por Texano, salió también por su lado al campo acompañado de los miembros de la comisión científica inglesa que estaba entonces en Pascua: Sres. Rautledge, Green y Riche, teniente este último de la armada inglesa, de un chileno, Enrique Mc. Lean, sirviente de los mismos, **Juan Tepano** y dos kanakas más. Situáronse en una altura que consideraron estratégica y esperaron la pasada de los revoltosos. Pero aconteció una cosa muy corriente en Pascua, sobre todo en invierno y fué que en el momento que los kanakas pasaron al campo, un gran chubasco cubrió a los observadores, que recibieron una buena mojada y les impidió ver la gente que pasó a no mucha distancia y sin sufrir las molestias de la lluvia. Los kanakitas tomaron esto por otra señal de la protección divina y alborozados regresaron con cuarenta novillos y algunos corderos de esta primera y feliz expedición.

Cuando llegaron a Anga Roa con tan espléndido botín, Anata ordenó coger el cordero más hermoso, que fué degollado en una piedra colocada en la puerta misma de la Iglesia y asado en una pira que se encendió un poco más abajo. Esta era la primicia que debía ofrecerse a Jehová en holocausto (tutia) y la carne del cordero fué repartida entre los niños menores de siete años. En seguida dió permiso para que con los demás animales se celebrase un banquete para todo el pueblo.

Otras salidas afortunadas hicieron adquirir confianza a los insurrectos, que empezaron a ponerse más y más insolentes.



Oficiales de la "Baquedano" investigando los sucesos.

Una noche asaltaron la bodega, donde la misión inglesa tenía sus víveres y se robaron varios cajones de conservas y aunque este acto fué reprobado por Anata hizo entrar en temor al matrimonio Rautledge que se retiró a su campamento de Hotu Hiti dejando solos en Mataveri a Mr. Edmunds y al teniente Riche, que no quiso abandonarlo.

A los pocos días de estar en **Hotu Hiti**, recibieron una embajada de Anata con presentes de gallinas y corderos, que les manifestó a nombre de la profetisa el sentimiento que ella había tenido por el robo de que habían sido víctimas y les ofrecía para adelante seguridades para sus personas y cosas, siempre que se abstuviesen de inmiscuirse en los asuntos de su reino. Mr. Rautledge, que al divisar el tropel había experimentado gran susto, creyendo que se trataba de un asalto y habíase puesto a armar, sin poder atinar a ello, un revólver ametralladora que había traído entre los pertrechos de la expedición, experimentó gran contento al imponerse del objeto pacífico de la visita y correspondió con obsequios de tabaco, galletas y otras golosinas a los presentes de Anata. No contento con esto, al día siguiente fué en persona, acompañado de su esposa, a devolver la visita a la profetisa, llevándole algunos vestidos y otros obsequios. Anata, para corresponder esta amistad ofreció ordenar rogativas públicas para que la "nana", goleta de propiedad del matrimonio Rautledge, y que estaba a la



Una familia pascuense

sazón en Chile, no sufriese ningún contratiempo en su viaje de regreso.

Mientras tanto los sirvientes de la administración habían ido abandonando poco a poco Mataveri y, ya sea por temor, ya por apego a la pitanza de la carne que era abundantísima en Anga Roa, se iban pasando al partido de los insurrectos, de modo que Mr. Edmunds debía contentarse únicamente con permanecer a la defensiva y prepararse para resistir cualquier ataque. Para este caso contaba con la ventaja de las armas de fuego; aunque eran solamente tres, pues a más del teniente Riche, el chileno Mac. Lean, con gran enojo de Mr. Rautledge, abandonó a este por ir a prestarle sus servicios a Mr. Edmunds, los tres tenían buenas carabinas y revólveres, que bien manejados podrían mantener a raya a los kanakitas, que sólo disponían de piedras y son cobardes por naturaleza.

Estos salían diariamente al campo a traer animales, los que asaban, usando de combustible la misma grasa de ellos, para ahorrarse el trabajo de juntar leña y así resuelto el importante problema de la comida, podían disponer con entera libertad de su tiempo para entregarse a sus deberes religiosos. Anata asignó a los señores Rautledge dos corderos diarios de ración y a Mr. Edmunds, aunque con protesta de Daniera y de Noe, uno para dos días, que de-



La profetisa Anata



Mr. Edmunds, representante del señor Merlet y Gobernador Marítimo en aquella época

bía llevarle el capataz de la hacienda llamado **Manava**. A este último, por no haber querido plegarse a la revolución, pretendieron asesinarlo, sin conocimiento naturalmente de la profetisa, que era enemiga del derramamiento de sangre, y al efecto le armaron una celada de la que felizmente pudo escapar gracias a una indiscreción del loco Lemuta.

Mientras tanto los dirigentes no se dormían sobre sus laureles y a diario se publicaban bandos y ordenanzas que versaban sobre los más diversos asuntos, desde el modo cómo debían peinarse las mujeres, hasta la repartición de los terrenos de la isla. Uno de los puntos más interesantes fué el de los matrimonios; Dios ordenó a Anata que ningún hombre o mujer en edad de contraer matrimonio debía permanecer soltero y esta empezó a formar parejas sin consultar por cierto para nada la voluntad de las víctimas que eran casadas por **Pakarati** dando ocasión para grandes banquetes y fiestas en las que pagaban el pato los animales de **Meré**.

La isla fué dividida en lotes, que se re-

partieron entre todas las cabezas de familia, asignándose **Daniera** para sí, como es natural, (las casas de **Mataveri**; esta división era por entonces nominal y sólo se repartieron los títulos de propiedad, dejando para más tarde el trabajo de hacer la translación de las casas de madera a la nueva construcción de las de piedra.

No pararon las cosas aquí; alguien se vino a dar cuenta de que no era cosa de gente sensata el dormir sobre haces de pasto, teniendo las ovejas tanta lana y habiendo en la tienda tanta aspillera para hacer colchones. Pero la cosa no era tan sencilla: para obtener la lana era necesario esquilar las ovejas y para esto se necesitaba de las tijeras que estaban en poder de Mr. Edmunds y que ellos sabían no las facilitaría bajo ningún razonamiento.

Para obviar estos inconvenientes, en la reunión de la casa del viejo Porotu, en la noche del 4 de Agosto, se tomaron graves y definitivas medidas.

En primer lugar se obligaría al capataz **Manava** y su familia a abandonar **Baijú** y venir a habitar en **Anga Roa**. Mr. Edmunds debería entregar las llaves de la tienda y de la bodega de **Anga-Piko**, desalojar **Mataveri**, y se le concedería una casita de madera en **Mairoa** siempre que contrajese matrimonio con una kanaka y se comprometiese a asistir a misa diariamente. Mr. Riche iría a **Hotu Hiti** y **Mac Lean** podía optar por irse a **Hotu Hiti** o venir a vivir con ellos si se casaba y asistía a misa.

Estas decisiones deberían ser comunicadas a los interesados al día siguiente y en caso de oposición, **Mataveri** sería asaltado por los cuatro costados y sus moradores convenientemente maniatados arrojados a la mar. De esta manera creían poder asegurar la coartada para el caso problemático de que viniese buque, diciendo que habían perecido en una excursión de pesca.

A la mañana siguiente después de recibir la bendición de **Anata**, partieron hacia **Baijú**, convenientemente armados de garrotes, chuzos y cuanto instrumento ofensivo encontraron a mano, todos los hombres hábiles de **Anga-Roa**.

Manava no opuso resistencia y asustado fraternizó con ellos, lo que le valió que

le asignasen la posesión de **Anga Piko** como patrimonio y entre todos le ayudaron a traer su escaso mobiliario.

Quedaba lo más difícil: el asalto a **Mataveri**.

Mr. Edmunds, avisado por **Tepano** de lo que iba a suceder, había clavado y puesto barrotes a todas las puertas y ventanas de las casas y los tres con Mr. Riche y **Mac Lean**, distribuídose las armas, municiones y puntos de defensa.

Los kanakitas, instalado que hubieron a **Manava**, preparaban su comida para una vez terminada dirigirse a **Mataveri**, cuando una voz gritó:

—Baquedano héeee!

La corbeta se divisaba frente a **Motu** tautara.

Un rayo caído en medio de ellos no habría hecho tanto efecto; miráronse las caras y las alas de la fantasía que a tanta altura se habían remontado, cayeron derretidas por el ardiente sol de la realidad.

Daniera, que a medida que crecía su poder se había ido hinchando de vanidad y soberbia y que en las reuniones era el que más alto hablaba y más despóticas medidas proponía, no conseguía atinar palabra. Confusos no sabían qué hacer y todo era hacerse recriminaciones y eludir responsabilidades cuando llegó **Anata** y con entera voz y varonil energía los apostrofó, echándoles en cara su cobardía.

—¿Qué tenéis? —les dijo.— ¿No servís a Dios? y pueden acaso todos los buques del mundo contrarrestar su poder?

Y empezó a dictar órdenes.

Las mujeres deberían recogerse a la iglesia para entregarse a la oración. **Jotua** y **Daniera** chico harían ciertos arreglos al arca santa para llevarla dignamente al buque a imponer respeto a los chilenos y **Daniera** **Corohua**, maestro en el arte de escribir, dirigiríase a su casa a preparar un manifiesto para explicar al Comandante de "La Baquedano" las decisiones de **Jehová** y amenazarlo con terribles desgracias para su buque y para Chile en caso que tratase de oponerse a sus mandatos.

"La Baquedano" tuvo un contratiempo a la entrada de **Anga Roa**, pues se le descompuso una pieza del timón lo que lo obligó a detenerse como tres horas para

su compostura y **Anata** explicó a su pueblo que Dios estaba con ellos pues impedía avanzar el buque para dar tiempo a que se cumpliesen sus órdenes.

Por fin, como a las cuatro de la tarde, pudo largar sus anclas e inmediatamente subió **Daniera** con su estado mayor. Después de depositar con todo respeto el arca santa sobre cubierta, sacó un grueso rollo de papel y empezó la lectura de su manifiesto. Este empezaba: "No hay sobre la tierra más poder que el de Dios y sólo El manda en la Isla de Pascua" y seguía una larga explicación de los sueños proféticos que habían tenido y relataba los sucesos últimamente acaecidos.

En verdad nadie en el buque entendió una palabra y creyeron que se trataba de un saludo de bienvenida, pero habiendo llegado Mr. Edmunds con **Tepano**, **Manava** y otros, explicaron al Comandante señor **Almanzor Hernández** la verdad de lo ocurrido. Venía también en el buque el Sr. **Merlet** y en vista de la gravedad de los sucesos pidió la prisión de los cabecillas, y **Daniera** con cinco de sus generales fueron puestos en la barra.

Se siguió un pequeño sumario, pero los kanakas, que son previsores para estas cosas, se habían puesto de antemano en este caso y tenían preparadas sus respuestas. Inventaron de que el administrador no les permitía ir a pescar y ellos, obligados por el hambre, habían muerto algunos anima-



Juan Tepano, ayudante de la Gobernación Marítima. (Ad honorem, se entiende...)

les. Hicieron como de costumbre gran alarde de su chilenismo, lo que enardeció el patriotismo de la joven oficialidad de nuestro buque-escuela y dando rienda suelta a los bellos, pero muchas veces peligrosos dictados del corazón, no les dieron importancia a los sucesos acaecidos y sólo se dedicaron a hacer el reparto de los regalos de ropa y útiles que en más de veinte cajones enviaba a los pobres kanakitas la generosa sociedad de Valparaíso.

Sin embargo, como **Daniera Corohua** tenía en su contra una prueba material de su insurrección, cual era la carta dirigida a Mr. Edmunds, el Comandante no pudo negarse a llevárselo preso al continente. pero se les hizo creer a los isleños de que sólo iba para presentar sus quejas al Presidente de Chile.

Y así terminó el **reinado de Dios**, que los pascuenses no pierden la esperanza de ver repetido.

permitía ir a pescar y ellos, obligados por el hambre, habían muerto algunos anima-



Juan Tepano, ayudante de la Gobernación Marítima. (Ad honorem, se entiende...)



Mr. Edmunds, representante del señor Merlet y Gobernador Marítimo en aquella época

par
mil
nat
div
se
dej
cer
a la
N
no
te s
teni
en
cole
cilla
esqu
taba
Mr.
faci
Pa
reun
noch
y de
En
Mana
y ver
mund
tienda

...algunos vestidos y otros obsequios. Anata, para corresponder esta amistad ofreció ordenar rogativas públicas para que la "nana", goleta de propiedad del matrimonio Rautledge, y que estaba a la



La profetisa Anata



Una familia pascuense

sazón en Chile, no sufriese ningún contra-



Leyendo un bando de Daniera Corohua
animales. Impuesta Anata de la contes-

fervoroso
de confia

Mr. E
por Texa
campo ac
comisión
tonces en
y Riche,
inglesa, d
sirviente
dos kanal
ra que co
ron la pa
aconteció
cua, sobre
el momen
campo, un



Mr. Edmunds en observación de los revoltosos.

Daniera tomó para sí el nombre de **Moté**



Juan Araki, Jotua (Josué) uno de los que
fabricó el arca santa.

sab
arre
la v
des
de
dida
que
cua
tun
A
cion
ella
ríti
esta
form
Per
tico
kara
casc
cada
mof
vian
nario
feren
La
Paka
kas
de de
realiz

ctros más bíblicos.

Daniera tomó para sí el nombre de **Moté**



Juan Araki, Jotua (Josué) uno de los que
fabricó el arca santa.



Cura Pakarati y su familia

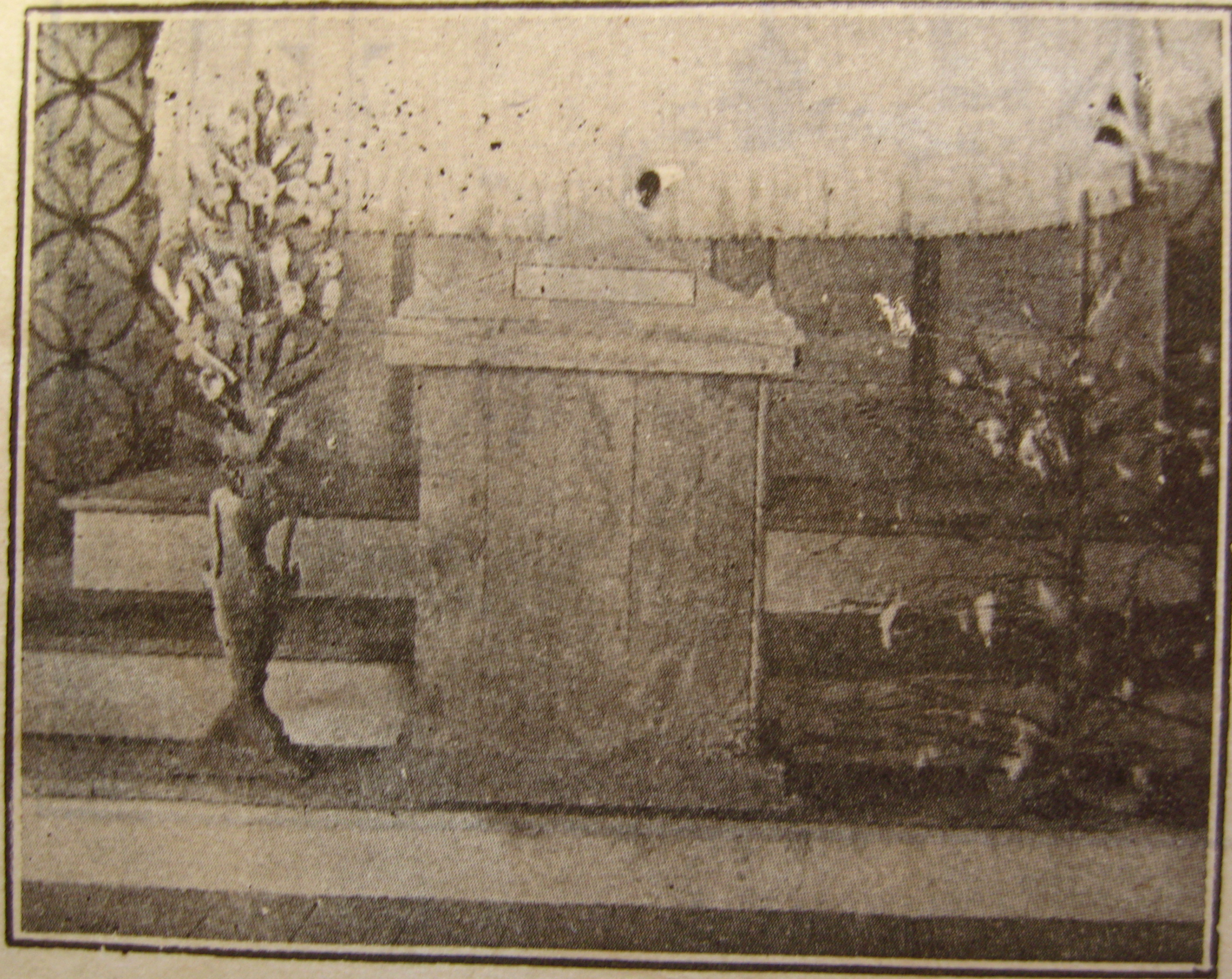
oraciones, la
quien, obedi
luego hizo
mentáronse
ya no sólo
misa de la
de, sino qu
asistencia
rias que d
ordenó tam
gioso debía
hurrá y au
pio del cur
poco el ext
acompañad
la iglesia.

Por su
a recibir

espa-
se un
sí de
stían
spués
ti en
ade-
ileno,
isla
as y
de la
istra-
enia-
s ka-
iones
a, un



Un entierro en Pascua

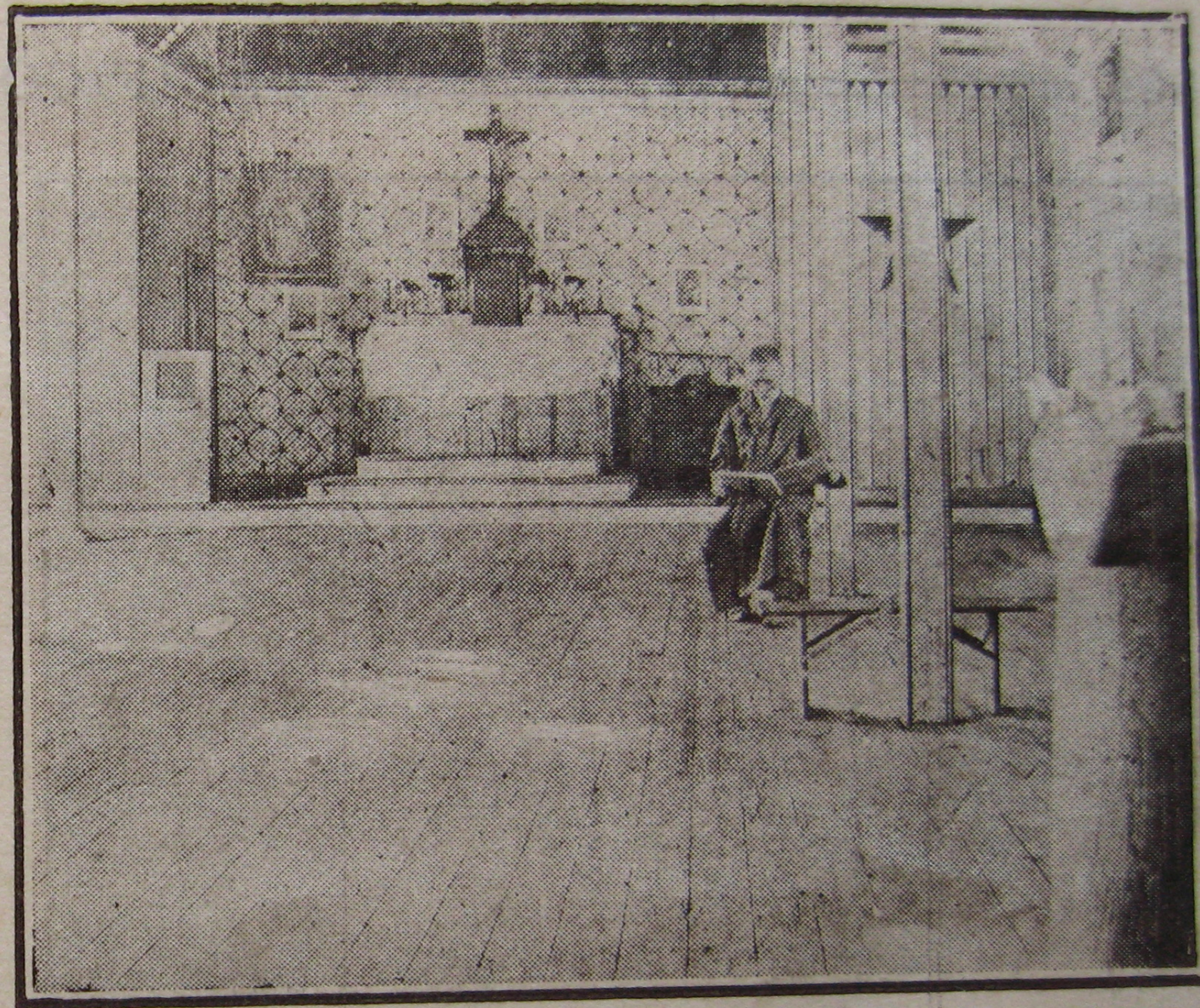


El arca santa

nar
da
tien
en
sía
sue
ver
ten
una
rios
con
rong
A
bién
relat
ingl



Esperando que empiece la misa



Iglesia de Anga Roa

Una revolución en la
 Isla de Pascua en 1914





Esperando que empiece la misa